

se mueven conforme al peso que tienen, así las criaturas racionales se mueven conforme al amor que en ellas predomina y reina, porque ese es su peso (1); si predomina en nosotros el amor de las cosas de acá, el apetito de honra y estimacion, y de hacer nuestra propia voluntad, y buscar nuestras comodidades, nuestros movimientos y deseos serán sensuales y de la tierra; pero si con la mortificacion nos desasimos del amor de todas esas cosas sensuales, predominará en nosotros el amor del Criador, y ese será nuestro peso, y luego se irá nuestro corazon á Dios con mas ligereza que la piedra al centro. «Hicistenos, Señor, para tí, y está inquieto nuestro corazon hasta que descansa en tí (2).» Por esto miden los Santos nuestro aprovechamiento y perfeccion con la medida de la mortificacion; porque el que estuviere muy mortificado, tendrá mucho amor de Dios y mucha perfeccion.

Sobre aquello del Salmo cuarenta y uno: «Como desea el ciervo las fuentes de las aguas, así desea mi alma á tí, Dios mio (3),» dice San Agustin: «El ciervo mata las serpientes, y despues que las ha muerto tiene gran sed, y corre con gran velocidad y ligereza á las fuentes de las aguas (4).» Y aplícalo muy bien á nuestro propósito. «Quereis saber qué es la causa por que no teneis mucha sed y deseo de la perfeccion y mucho amor de Dios? La causa es porque no matais las serpientes, como el ciervo. Las serpientes son nuestros vicios y pa-

(1) Pondus meum amor meus; eo feror, quocumque feror. *Aug. lib. 13, conf. c. 9.*

(2) Fecisti nos Domine ad te, et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te. *Aug. lib. 1, conf. c. 1.*

(3) Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te Deus. *Ps. XLI.*

(4) Cervus serpentes necat, et post serpentium interemptionem majori siti inardescit, peremptis serpentibus ad fontes aerius currit. *Aug. in Ps. XLI, 1.*

siones desordenadas (1); matad y mortificad vos esas serpientes, y luego tendreis gran sed de la virtud y perfeccion; luego amará y deseará vuestra ánima á Dios, como el ciervo las fuentes de las aguas. De manera, que al paso que anduviere la mortificacion, á ese paso andará la perfeccion y amor de Dios. Y en otra parte dice: «El aumento de la caridad es disminucion del mal deseo, y su perfeccion ningun deseo malo (2).» Así como el oro se va purificando y acendrando mas mientras mas se va gastando y consumiendo la liga que tiene, así la caridad y amor de Dios se va perfeccionando y aumentando mas, mientras mas se va disminuyendo y acabando el amor desordenado de nosotros mismos y de todas las cosas de acá; y cuando ese estuviere consumido y acabado, la caridad y amor de Dios será del todo puro y perfecto.

Casiano cuenta (3) del abad Juan, que estando ya para morir, le cercaron sus discípulos, como lo suelen hacer los hijos á los padres en aquella hora, y pidiéronle con mucha instancia les dijese alguna cosa para su consuelo y provecho espiritual, que les diese algun documento breve y compendioso para alcanzar la perfeccion. Dá un suspiro muy grande, y dice: «nunca hice mi voluntad; y juntamente os digo otra cosa, que es tambien de mucha importancia, que nunca enseñé á otro cosa que yo no pusiese primero por obra.»

(1) Serpentes vitia tua sunt, consume serpentes iniquitatis, tunc amplius desiderabis fontem veritatis. *1b.*

(2) Augmentum charitatis, diminutio cupiditatis: perfectio nulla cupiditas. *Aug. lib. 83 qq. quaest. 6.*

(3) Ut memoriale aliquod mandatum, velut haereditarium legatum relinqueret, per quod possent ad perfectionis culmen praecepti compendio facilius pervenire.—Ingemiscens ille, nunquam, ait, meam feci voluntatem; nec quemquam docui, quod prius ipse non feci. *Casian. lib. 5, de inst. renuntiant. c. 28.*

CAPITULO VI.

Que á los religiosos, y especialmente á los que tratan con prójimos, les es mas particularmente necesaria la mortificacion.

De todos los siervos de Dios es propio este ejercicio de la mortificacion, y todos tienen necesidad de él para irse cada dia ajustando mas con la voluntad de Dios; pero particularmente es propio de los religiosos, porque para eso dejamos el mundo y venimos á la Religion; y eso, dice San Benito que es ser religioso, corregir y mudar sus costumbres. Y así, en la profesion que hacen sus religiosos, dicen: «Prometo mudanza y enmienda de costumbres (1).» Eso es lo que profesamos en la Religion y eso habemos de ir haciendo con la mortificacion, despojándonos del hombre viejo y vistiéndonos del nuevo, como dice San Pablo (2). Y así decia San Bernardo á los que entraban en Religion: «mirad que el espíritu solo ha de entrar acá, y el cuerpo se ha de quedar allá fuera,» dándoles á entender que en la Religion no han de tratar de regalar su cuerpo, ni de vivir conforme á sus apetitos é inclinaciones; sino que todo el cuidado se ha de tener con el alma y con el espíritu, conforme á aquello de el Apóstol: «Andad en espíritu, y con eso refrenareis los deseos ó inclinaciones de vuestra carne (3).» Esto es andar en espíritu, cosa tan encomendada y deseada de los siervos de Dios, vivir segun la mejor parte de nosotros, que es el espíritu y la razon, y no segun la parte inferior, que es la carne y sensualidad. Casiano dice (4) que era resolucion y tradi-

(1) Promitto conversionem morum meorum.

(2) Spoliantes vos veterem hominem cum actibus suis, et induentes novum. *Ad Colos. III, 9.*

(3) Spiritu ambulate, et desideria carnis non perficietis. *Ad Galat. V, 16.*

(4) Multis quidem experimentis edocti tradunt, eum in coenobio diutius perdurare non posse, qui prius voluntates suas non didicerit superare. *Casian. lib. 4 de inst. renuntiantium, c. 8.*

cion comun de aquellos Padres antiguos, y muy aprobada por esperiencia, que no podría uno aprovechar, ni aun durar mucho en la Religion, si no trataba muy de veras de mortificar su voluntad y apetitos, porque estos son muy contrarios á las cosas que hay en la Religion.

Aunque á todos los religiosos les conviene esto mucho, pero á los que tenemos por instituto tratar con prójimos nos es mas necesario. San Crisóstomo (1) va probando muy bien que la mortificacion de las pasiones es mas necesaria á aquellos que para ayudar á los prójimos tratan y conversan en medio de los pueblos; porque en ellos estas fieras (que así llama él á nuestras pasiones) tienen mucho mayor cebo para sustentarse con las ocasiones grandes que hay. El soldado que no sale al campo, disimula su flaqueza; mas saliendo, descubre quién es. Así, dice San Crisóstomo, el que está en su rincón, disimula sus faltas; pero el que ha de salir á pelear con el mundo, y ha de ser espectáculo de él, es menester que sea señalado en virtud y mortificacion. Y mas: para ganar á aquellos con quien tratamos, es menester acomodarnos y hacernos á la condicion de ellos, en cuanto fuere posible, conforme á aquello del Apóstol: «A todos me acomodo, para ganarlos á todos (2);» y para esto, bien se vé cuán necesaria es la mortificacion. Dicen allá los filósofos, que la niña del ojo, aquella parte donde se reciben las especies de los colores y se forma la vista, no tiene ningun color, y que fué necesario así para que pudiese recibir en sí las especies de todos los colores y los pudiese ver todos como son; porque si fuera de algun color, no pudiera percibir sino aquel (3); si fuera verde, todo lo que viéramos nos

(1) Crisost. *lib. de Sacerdot.*

(2) Omnibus omnia factus sum, ut omnes facerem salvos. *I. ad Cor. IX, 22.*

(3) Intus existens prohibet extraneum.

pareciera verde, como lo experimentamos cuando miramos por vidrio verde; y si fuera colorado, todo nos pareciera colorado. Asi es menester que vos os desnudeis de vuestra condicion particular, y que tengais muy mortificadas vuestras pasiones y seais muy señor de vos, para que asi quepan en vos las condiciones de todos, y podais tratar y acomodaros con todos, para ganarlos á todos, como hacia San Pablo. No es espíritu de Religion ni de perfeccion atarse uno á los de su condicion y humor, y que á vos que sois colérico, os cuadre solamente el colérico; y á vos que sois flemático, os dé en rostro el colérico; y mucho menos lo será el atarse uno á los de su nacion. ¿No tendríades por gran infelicidad tener unos ojos que solamente pudiesen ver un color? Pues mucho mayor infelicidad es tener una voluntad tan corta y tan mal dispuesta que solamente se incline á los de su nacion ó á los de su condicion. La caridad todo lo abraza, porque ama al prójimo por Dios y para Dios; y asi, no hace diferencia del bárbaro ó scita, ó cualquier otra suerte de personas (1). A todos los querría meter en sus entrañas porque los mira como á hijos de Dios y hermanos de Cristo. Pues para esto bien se vé cuán necesaria sea la mortificacion.

Fuera de esto, para conservar entre nosotros la union y caridad fraterna, que tanto nos dejó encomendada Cristo nuestro Redentor (2), que en ella quiere que nos conozcan por discípulos suyos, nos es muy necesaria la mortificacion. Porque lo que hace la guerra á esta union y caridad fraterna, es buscarse uno á sí mismo sus gustos y comodidades, su honra y estimacion:

(1) Ubi non est gentilis, et judaeus, circumcisio, et praeputium, barbarus, et scytha, servus, et liber, sed omnia, et in omnibus Christus. *Ad Colos.* III, 11.

(2) *Joann.* XIII, 35.

entre cada uno dentro de sí, y verá que cada vez que falta en la caridad, es por buscar y pretender para sí algo de esto, ó por no perderlo ni ceder de ello. Pues la mortificacion es la que quita todo eso y allana el camino para la caridad que no se busca á sí (1). Y asi dice San Ambrosio: «El que quisiere agrandar y dar contento á todos, busque en todas las cosas, no su utilidad y provecho, sino la utilidad y provecho de sus hermanos, como hacia el Apóstol (2), y nos amonesta á nosotros que lo hagamos (3).



CAPITULO VII.

De dos maneras que hay de mortificacion y penitencia, y cómo ambas las abraza y usa la Compañía.

El glorioso Agustino, sobre aquellas palabras de San Mateo: «Desde el tiempo de San Juan Bautista padece fuerza el reino de los cielos, y solo le logran los animosos que le asaltan (4),» dice (5): Dos maneras hay de penitencia y mortificacion, una corporal que castiga y aflige el cuerpo, y esta es la que llamamos penitencia exterior, como disciplinas, ayunos, cilicio, mala cama, comida pobre, vestido áspero, y otras cosas semejantes que afligen y castigan la carne y le quitan su regalo, y deleite. Otro género hay de mortificacion y penitencia espiritual mucho mas excelente y levantado que el primero. «El segundo género de mortificacion, dice (6), es mas

(1) Non quaerit quae sua sunt. *I. ad Cor.* XIII, 5.

(2) Si quis vult placere omnibus per omnia, quaerit, non quod sibi utile est, sed quod multis, sicut quaerebat et Paulus. *Ambr. lib. 3. Officior. c. 3.*

(3) Non quae sua sunt singuli considerantes, sed ea quae aliorum. *I. ad Cor.* X, 32.—*Ad Philip.* II, 4.

(4) A diebus autem Joannis Baptistae regnum caelorum vim patitur, et violenti rapiunt illud. *Matth.* XI, 12.

(5) Duo sunt abstinentiae, et crucis genera: unum corporale, aliud spirituale. *Aug. serm. 20 de Sacerdote et primo de S. Joann. Baptista.*

(6) Alterum genus est practiosius, et sublimius

precioso y subido; que es regir y gobernar los movimientos de nuestro apetito, andar uno cada dia peleando contra sus vicios y malas inclinaciones, andar negando siempre su propia voluntad, quebrantando su propio juicio, venciendo su ira, reprimiendo su impaciencia, refrenando su gula, ojos, lengua y todos sus sentidos y movimientos. El que hace esto, rompiendo el muro de su carne y de sus pasiones y apetitos, sube y entra con violencia y esfuerzo al reino de los cielos: esos son los esforzados y valientes que arrebatan el cielo. De manera, que esta mortificacion interior y espiritual es mas excelente que la primera, porque domar el espíritu y hollar la honra y estimacion, mucho mas es que afligir la carne y tomar disciplinas y cilicios. Y asi, como esta penitencia es mas excelente y preciosa, asi tambien es mas dificultosa y nos ha de costar mas; porque lo que mas es, mas cuesta. Esta doctrina es tambien de San Gregorio en muchos lugares, y de San Doroteo y de otros Santos (1).

Estas dos maneras de penitencia abraza y usa la Compañía. Quanto á la primera, aunque nuestro Padre no quiso dejar tasadas y determinadas por regla penitencias ordinarias que por obligacion se hubiesen de tomar, sino que el modo de vivir de la Compañía fuese comun en lo exterior por justos respetos; pero dejó por otra via muy buen recaudo de esto (2), como luego diremos. Muy justos respetos tuvo nuestro Padre para estatuir y ordenar que el modo de vivir de la Compañía fuese comun en lo exterior, porque los medios han de ser pro-

scilicet regere motus animi, litigare quotidie contra vitia sua, increpare se quadam censura austeritatis, et virtutis, et rixam quodammodo cum homine interiore conserere.—Haec qui facit, praerupto passionis muro, violenter ad caelorum regna conscendit.

(1) *Greg. lib. 32. Mor. c. 17 et l. 6, c. 18; et super librum I. Reg. c. 2.—Dorot. serm. 4.*

(2) *Cap. I, c. 2, §. 6; et 6 part. const. c. 2, §. 15 et 16.*

porcionados con su fin; y como el fin de la Compañía es no solamente atender á su propio aprovechamiento, sino tambien á la salud y aprovechamiento de los prójimos, convino mucho que tuviésemos un hábito comun de clérigos honestos para tener entrada con todo género de gentes, porque asi con los religiosos somos religiosos, con los clérigos somos clérigos, con los legos no traemos hábito diferente de los clérigos legos. Fuera de que la Compañía se instituyó en tiempo de Lutero, cuando los hereges abominaban los religiosos y sus hábitos, y para tener entrada con ellos para disputar y convencerlos (que es propio de nuestro instituto) convino que no tuviésemos hábito particular distinto de otros clérigos honestos, porque por él fuéramos aborrecidos de los hereges antes que los comenzáramos á tratar, y asi se impidiera una de las principales partes del fin para el qual Dios instituyó la Compañía. Y mas: si trajéramos hábito áspero, el otro pecadorazo por ventura no se atreviera á llegar á vos, pensando que asi habíades de ser áspero con él. Pues sea un hábito comun, recibido de todos, para que asi tengamos mas fácil entrada con todo género de gente y no tenga nadie horror de tratar con nosotros. Quiso nuestro Padre que aun en el hábito nos hiciésemos todo á todos, para que asi los ganásemos mejor á todos, imitando en esto el ejemplo de Cristo nuestro Redentor, de quien dice San Agustin (1), y lo trae Santo Tomás (2), que por acomodarse mas al trato y comunicacion de los hombres y para mayor provecho de ellos, escogió antes una medianía en lo exterior que la austeridad y aspereza del Bautista.

Quanto á las demas penitencias exterior-

(1) *Aug. contra Paulinum.*

(2) *S. Thom. 2. 2. q. 40, art. 2.*

res, aunque no las dejó tasadas y determinadas por regla; pero hay regla viva que es el superior, el cual dá y señala á cada uno las que ha menester. Dice nuestro Padre (1) que «estas se pueden tomar en dos maneras, ó las que cada uno eligiere para aprovecharse mas en espíritu, con aprobacion, empero, del superior, ó cuando el superior obligare á ellas por el mismo fin.» Esto juzgó por mas conveniente en la Compañía que determinarlas por regla; lo uno, porque la regla muerta no podia ser igual en todos, porque no todos tienen iguales fuerzas para esas penitencias; si hubiera una cosa comun para todos, el que no podia tanto, viviera desconsolado por no poder andar con todos. Asi como no conviene una medicina, ni un mismo gobierno y regimiento para todos los enfermos, asi tampoco pueden convenir para todos unas mismas penitencias; porque unas convienen para el mozo, otras para el viejo; unas para el enfermo, otras para el sano; unas para el que entró inocente, otras para el que entró hecho una criba, como dicen, de heridas. Y asi dicen San Agustín y San Basilio (2) que no se maraville nadie de que no se guarde un modo con todos en la Religion, y unos hagan mas penitencia que otros, porque la igualdad en esto seria muy gran desigualdad. Y aun no solo es conveniente esta diversidad y diferencia para diferentes personas, sino para uno mismo en diferentes necesidades y tiempos; porque una penitencia es buena para el tiempo de tentacion y sequedad, otra para el tiempo de paz y devocion; y una para conservarla, y otra para recobrarla cuando se ha perdido. Pues por esto no quiso nuestro Padre poner en la Compañía tarea cierta y determinada de penitencias exteriores para

(1) Cap. I. exam. § 6, et Regul. Summar. constit.
 (2) Aug. in Regula.—Basil. in Constit. Monast.
 et 8; et in Regulis fusius disputatis, interrogations 19.

todos, sino dejólo remitido al superior, que es el médico espiritual, para que él, segun las fuerzas y necesidad de cada uno, pueda tasar y conceder á unos mas y á otros menos: lo cual es conforme á la regla que dió el Angel á San Pacomio de parte de Dios, donde se mandaba que el superior señalase de esta manera las penitencias que cada religioso habia de hacer (1). Y asi el no tener la Compañía tasadas por regla sus penitencias ordinarias, como las tienen comunmente otras religiones, no es porque en la Compañía no haya estas penitencias corporales, ni porque no sean muy estimadas en ella y muy veneradas las que otras religiones, segun su instituto, santamente observan, cuya variedad hermosea la Iglesia, sino porque juzgó ser mas conveniente á nuestro instituto y mas proporcionado á sus fines é intentos, y muy conforme á la doctrina antigua de los Santos, dejar la tasa y modo de ellas á la prudencia y caridad del superior. Lo cual, no solo no es causa para que haya menos penitencias, sino antes lo es para que haya mas, y para que se tomen con mas voluntad y devocion (2). Y asi lo vemos por la bondad y misericordia del Señor, que se usan y ejercitan mas penitencias de estas en la Compañía de las que se pudieran poner de regla. Plega al Señor que vaya siempre adelante este fervor y espíritu, tan bueno y tan santo, y tan usado en la Iglesia de Dios, y que sea menester irnos antes á la mano y tirar la rienda, que darnos de la espuela, como hasta ahora por la gracia del Señor lo habemos experimentado.

La segunda manera de penitencia, que es la mortificacion de las pasiones y amor propio desordenado, abraza la Compañía mas principalmente, y este fué otro de los

(1) Reg. Pach.
 (2) Ps. XLIV, 10.

justos respetos por el cual nuestro Padre no quiso dejar penitencias ordinarias tasadas y determinadas por regla; porque pretendió que pusiésemos los ojos en la mortificacion interior de nuestras pasiones y apetitos, y que esa fuese nuestra principal penitencia, por ser, como habemos dicho, mas preciosa y escelente. Pónenos nuestro Padre en las constituciones y reglas (1) cosas de grande perfeccion, y para las cuales es menester grande mortificacion y abnegacion de nosotros mismos, y quiere que nuestro estudio principal sea en lo que toca á esta abnegacion y continua mortificacion, y para crecer mas en las verdaderas y sólidas virtudes y en toda perfeccion. Púdose temer y con razon: «si les deajo señaladas algunas penitencias ordinarias, no sea que se me queden ahí y se contenten con eso, diciendo: «Ya tengo de regla tantos ayunos, tantos silicios y disciplinas, eso me basta;» y se dejan lo principal y lo que hace mas al caso, que es la mortificacion de sus pasiones y el ejercicio de las verdaderas y sólidas virtudes.» Y asi no nos quiso dejar por arrimo sino la virtud y mortificacion interior. Quiso que nuestra vida sea comun en lo exterior, para que en lo interior sea singular y escelente, acompañada de virtudes sólidas y de mucha mortificacion; y esto de tal manera y en tanto grado, que redunde en lo exterior y nos haga parecer religiosos. De lo cual tenemos nosotros mas necesidad que otros religiosos; porque á ellos el hábito los distingue de los demas, y el sayal y aspereza de la vida les dá crédito con el pueblo; pero en la Compañía, que no hay esto porque no conviene á nuestro instituto, es menester que eso se supla con lo interior, y que haya en nosotros tanta humildad y modes-

(1) Cap. IV, exam. §. 46; et 3 part. Const. c. 1, §. 27.

tia, tanta caridad y celo de las almas, y tanto trato de Dios, que cualquiera que nos viere y tratare, diga: «verdaderamente este es religioso de la Compañía de Jesus: este es un género de gente á quien ha echado Dios su bendicion (1).» Y asi, en lo que habemos de poner los ojos y ejercitarnos principalmente, ha de ser en esta mortificacion interior, y el dia que dejáremos de tratar esto habemos de entender que dejamos de vivir como religiosos de la Compañía. Y esotra penitencia exterior que usamos, la habemos de tomar como medio para alcanzar esta, como lo decia y enseñaba aquel varon apostólico y Padre nuestro San Francisco Javier (2), y es doctrina de San Buenaventura (3).

De aqui se entenderá la causa de lo que tantas veces oimos decir, y por la bondad del Señor experimentamos, que la Compañía tiene grande suavidad en su modo de proceder. No está la suavidad de la Compañía en que no haya en ella cosas difíciles, ni en que los superiores hayan de condescender con todo lo que nosotros quisiéremos, que eso no seria Religion; cosas difíciles y muy difíciles hay en la Compañía, como luego diremos; sino está en que en la Compañía han de tratar todos de la mortificacion y abnegacion verdadera de sí mismos; han de estar muy indiferentes y resignados para cualquiera cosa que quisieren hacer de ellos los superiores. Esta buena disposicion, esta indiferencia y resignacion que tienen, es la causa de la suavidad grande que hay en la Compañía, asi en el gobierno y mandar de los superiores como en el obedecer de los súbditos; porque están todos entregados y puestos en las ma-

(1) Isti sunt semen, cui benedixit Dominus. Isaiac LXI, 9.
 (2) S. Francis. Javier, lib. 6 vitae suae cap. 7.
 (3) Bonav. lib. 1, de Profectu Religiosorum, c. 4.

nos del superior, como un poco de barro en manos del ollero, para que haga de ellos lo que quisiere. Y este fué el artificio y traza maravillosa de nuestro bienaventurado Padre, inspirada por el Espíritu Santo, en insistir tanto en esta mortificación y abnegación de nosotros mismos; como quien dice: «hay en la Compañía cosas árdidas y dificultosas; pues para que todos estén prontos y dispuestos para ellas, y para que los superiores no se acobarden ni encojan en mandarles, pongámosles este fundamento de la mortificación y resignación de sí mismos: entiendan todos que han de estar tan indiferentes y resignados en las manos del superior para que haga de ellos lo que quisiere, como está el barro en manos del ollero, y como está un poco de paño en manos del oficial que corta de él como quiere y por donde quiere, esto para mangas y esotro para faldas; esto para el cuello, esotro para el ruedo de la vestidura; y es tan buen paño lo uno como lo otro, porque todo era de una pieza; y es tan buen barro el que se hace para servir en la cocina, como el que se hace para la mesa; porque todo era de una misma masa (1), dice San Pablo. Así todos eran discípulos y de un mismo tiempo de Compañía, y por ventura era tan hábil el que fué á leer los principios de la Gramática como el que fué á leer Artes ó Teología, y con todo eso no se queja el barro ni el paño, diciendo: «¿Por qué me trata de esa suerte (2)?». De manera, que la causa y raíz de la suavidad de la Compañía ha de estar en vos, en que esteis muy mortificado, muy resignado é indiferente para todo; en que no haya en vos resistencia, ni contradicción alguna, ni exterior, ni interior, para todo lo que quisieren hacer de vos los superior-

(1) Ex eadem massa. *Ad Rom.* IX, 11.
(2) Quid me fecisti sic? *Ad Rom.* IX, 20.

res. Y así, cuando no sintiéredes esta facilidad y suavidad en las obediencias y cosas que se ofrecieren, no echéis la culpa al superior, ni os quejéis de él, sino de vos que no estais dispuesto, ni mortificado como debéis: que el superior hace su oficio y presupone que vos sois religioso, y que como tal estais mortificado é indiferente para todo; que no es menester consultar vuestra voluntad, ni buscaros temple, porque siempre habeis de estar templado y dispuesto para cualquier cosa que la obediencia os mandare. Y antes os hace mucha honra el superior en teneros por tal, y en trataros y mandaros como á tal. Cuando una piedra está bien labrada, ¿con qué facilidad la asienta el oficial! viene justa, no hay sino dejarla caer; pero cuando no, ¿qué de golpes, qué de martilladas, cuánto trabajo es menester para asentarla!

De aquí se sigue también otra cosa digna de consideración, y la nota San Buenaventura (1), que con ser esta mortificación interior mucho más difícil que las penitencias exteriores, como habemos dicho, con todo eso justamente se puede uno excusar más de las penitencias exteriores que de la mortificación interior, porque para aquello puede uno decir con verdad: «yo no tengo fuerzas para ayunar tanto, ni para traer tantos cilicios, ni para tomar tantas disciplinas, ni para andar descalzo, ni para levantarme á media noche;» pero no puede nadie decir: «yo no tengo salud y fuerzas para ser humilde, ó para ser paciente, ó para ser obediente y rendido;» podreis vos decir que no tenéis virtud para tanta humildad ó para tanta obediencia y resignación, como hay y es menester en la Compañía; pero no tengó salud para eso, no lo podeis decir, porque no son menester para eso fuerzas corporales, sino espirituales; el fuerte

(1) Bonav. *lib. 1 de profectu religiosorum, cap. 3.*

y el flaco, el sano y el enfermo, el grande y el pequeño, todos, con la gracia del Señor, si ellos quieren pue den eso.

Este es un consuelo muy grande para algunos que les suele venir tentación de pusilanimidad y desmayo, pareciéndoles que no tienen ellos partes ni caudal para un fin é instituto tan alto como tenemos en la Compañía. En el primero libro de los Reyes cuenta la Sagrada Escritura, que envió el rey Saul un recaudo á David, que le quería casar con su hija. Respondió David: «¿Quién soy yo para ser yerno del rey? Soy un pobre hombre, no tengo costilla para eso (1).» Manda el rey que le tornen á decir: «No tiene el rey necesidad de dote, ni de arras y joyas, solo quiere cien prepucios de filisteos, para que se tome venganza de sus enemigos (2).» Esto mismo podemos aquí responder: no tiene Dios necesidad de esas partes, ni de esas habilidades y talentos que vos pensais (3); lo que él quiere es que circuncideis esos filisteos de vuestros apetitos é inclinaciones malas. Eso es también lo que pide y quiere de nosotros la Compañía; y así, si vos quereis, sereis bueno para ella. Procurad vos ser muy humilde; y estar muy indiferente y resignado para todo lo que quisieren hacer de vos, y eso bastará. Dios os libre de tener puntos de vanidad y soberbia: Dios os libre de ser amigo de vuestras trazas y comodidades y de andar buscando entretenimientos, y de no andar claro y llano con los superiores; porque si eso hay, no habrá Religión más difícil para vos. Pero al humilde, al mortificado, al verdadero pobre de espíritu, al que

(1) Num parum videtur vobis generum esse regis? ego autem sum vir pauper, et tenuis. *I. Reg.* XVIII, 23 et 25.

(2) Sic loquimini ad David: non habet rex sponsalia necesse, nisi tantum centum praeputia philistinorum, ut fiat ultio de inimicis regis. *Ib.*

(3) Deus meus es tu, quoniam bonorum meorum non eges. *Ps.* XV, 2.

B. del C., tomo XIV. — I. — EJERCICIO DE PERFECCIÓN Y VIRTUDES CRISTIANAS. — T. I.

está indiferente y resignado, al que no tiene propia voluntad, muy fácil y muy suave se le hace todo lo que hay en la Compañía.

Y así es razón que seamos agradecidos á Dios, reconociendo la merced y beneficio grande que nos ha hecho, que con haber en la Compañía cosas de suyo tan dificultosas y trabajosas, con todo eso nos las haya hecho tan suaves y gustosas, y tan fáciles de llevar; porque de las penitencias exteriores, por la bondad del Señor, hay más de las que se pudieran señalar de regla. Y cuanto á la penitencia y mortificación interior que, como dice San Agustín, es la mayor y más preciosa, tenemos en nuestras reglas y constituciones cosas de tanta perfección, y de suyo tan dificultosas, que esceden mucho á todas las penitencias y asperezas exteriores. Sino, vamos á la prueba: «aquél haber de dar uno cuenta al superior, y al prefecto de las cosas espirituales, de todo lo que pasare por su alma, de todos sus movimientos, tentaciones y malas inclinaciones, y de todas sus faltas é imperfecciones, que tanto se pide y practica en la Compañía, y es una de las cosas sustanciales que hay en ella, bien se ve que es de suyo más difícil que el ayuno y la disciplina y el cilicio. Aquello que nos manda la Regla: «Para más aprovecharse en espíritu, y especialmente para mayor bajeza y humildad propia, deben todos contentarse que todos los errores y faltas y cualesquiera cosas que se notaren y supieren suyas, sean manifestadas á sus mayores por cualesquiera persona que fuera de confesión las supiere (1);» cosa es para la cual es menester mucha humildad y mortificación, para que no os quejéis que no os avisaron á vos primero y que hicieron mayor la falta de lo que ella era. Y no pára ahí, sino habeis de estar dispues-

(1) Canon 17. Congregationis V generalis. — Regul. 9 Summarii.

to para que os reprendan públicamente, y no solo con causa, pero sin ella; y aun para cuando nos levanten falsos testimonios quiere nuestro Padre que estemos, no solo dispuestos, sino que nos holguemos, no dando nosotros ocasion de ello; y que asi como los del mundo se huelgan con la honra y estimacion, asi nosotros nos holguemos con la deshonra, injurias y menosprecios; para lo cual bien se ve cuánta virtud sea menester. Y mas: habemos de estar indiferentes para cualquier oficio, ministerio y ocupacion en que la obediencia nos quisiere poner, y para cualquier grado en que la Compañia nos quisiere incorporar; y habiendo en la Compañia tan diferentes oficios y grados, y unos mas altos que otros, estar uno indiferente para el mas bajo, y contento en él, como si le pusiesen en el mas alto, cosa es de mucha perfeccion y para la cual es menester mucha mortificacion.

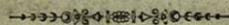
Habeis de estar siempre á punto y muy dispuesto é indiferente para ir á cualquier parte del mundo á ejercitar esos ministerios, no solo á otro colegio, sino á otra provincia y á otro reino extraño, y á las Indias Orientales y Occidentales, á Roma y Alemania, á Inglaterra y á la Transilvania, á donde nunca jamás podais ver á vuestros parientes y amigos, y ellos pierdan la esperanza de veros. Cuanto á la pobreza, profesa la Compañia tanta estrechura y rigor, que no puede uno recibir, ni tener ningun regalo en su aposento, no solo de comer, pero ni aun libro en que pueda hacer una raya, ni llevarle consigo cuando se fuere á otro colegio. Y habemos de estar tan desnudos y deshechos de todas las cosas, que, como diremos tratando de la pobreza (1), no podemos echar llave á un arca, ni á un cajoncillo, para tener guardada alguna co-

(1) Part. 3, trat. 3, c. 7.

sa, sino que todo ha de estar patente, abierto y manifesto, como quien dice «tomadlo si quereis, que no es mio.» Estas cosas, y otras semejantes, que hay en la Compañia, bien se vé que hacen ventaja, asi en perfeccion como en dificultad á todas las penitencias y asperezas exteriores. Y asi, el que tuviere espíritu de rigor contra sí, y deseara mortificarse mucho y hacer grande penitencia (que es muy buen espíritu), tendrá las manos llenas en la Compañia; y aunque ha habido algunos que tentados de la vocacion han pretendido cubrir y paliar su tentacion con color de mas perfeccion y de hacer mas penitencia en otra Religion, la verdad es que no es esa la causa, ni el fin que les movia, sino el no poder llevar la mortificacion y perfeccion que se profesa en la Compañia. Y de esto tenemos experiencia confesada por ellos mismos; y lo que mas es, declarada por la Sede Apostólica. La Santidad de Pio V, que fué religioso de la sagrada orden de Santo Domingo, lo declara así espresamente en la Bula que concedió á la Compañia contra los apóstatas que salen de ella ó al mundo ó á otra cualquiera religion, fuera de la Cartuja; donde, despues de haber puesto la perfeccion y la dificultad y trabajo grande que hay en el Instituto de la Compañia, declara la raiz de la tentacion que algunos tienen de salir de ella ó de pasar á otras religiones, por estas palabras: «Algunos, dice (1), con liviandad de ánimo y por huir del trabajo, al cual están continuamente espuestos los religiosos

(1) Nihilominus nonnulli animi levitate, ut credebatur, ducti, ac quietem labori, cui proculdubio Religiosi Societatis hujusmodi pro excolenda, et propaganda Christiana Religione, continuo erant expositi, ac privatum commodum publicae tam dictae Societatis, quam Christianae Reipublicae utilitati, indiscrete praeferentes, fucatisque coloribus asserentes se id facere ob frugem melioris vitae, aut strictioris observantiae, ad alios etiam fratrum Mendicantium ordines transire posse jactabant. *Loc. sup. cit.*

de la Compañia por la salvacion de las almas, prefiriendo indiscretamente sus comodidades particulares al bien y utilidad comun, asi de la Compañia como de la República cristiana, con colores aparentes y fingidos, diciendo que era por alcanzar mas perfeccion ó por hacer mas penitencia, pretendian que se podian pasar á otra Religion, aun de las mendicantes, etc.» De manera, que en realidad de verdad no es esto por deseo de mas perfeccion, ni por deseo de mas penitencia, sino por huir el trabajo y la dificultad; porque no sienten en sí caudal, ni virtud para tanta perfeccion y mortificacion, y para tanta indiferencia y resignacion como es menester en la Compañia. Pues por eso nuestro Padre insistió tanto en esta mortificacion, y quiere que nos ejercitemos y fundemos mucho en ella, y que este sea siempre el estudio de todos.



CAPITULO VIII.

Que la mortificacion no es ódio, sino verdadero amor, no solo de nuestra ánima, sino tambien de nuestro mismo cuerpo.

Porque habemos dicho (1), y es doctrina de los Santos, sacada del Sagrado Evangelio, que nos habemos de aborrecer á nosotros mismos, y parece esa cosa muy dura y muy contraria á nuestra naturaleza, para que nadie se espante oyendo decir esto, ni tome de ahí ocasion para desmayar y dejarse de mortificar, declararemos aquí cómo este no es ódio ni aborrecimiento con que nos queramos mal, sino verdadero amor, no solo de nuestra ánima, sino tambien de nuestro mismo cuerpo: antes el no mortificarnos es verdadero ódio y aborrecimiento, no solo del ánima, mas tambien del cuerpo. El glorioso Agustino, sobre aquellas palabras de San Pablo: «El espiri-

(1) Cap. IV.

tu desea contra la carne (1),” dice: «No penseis, hermanos míos, que cuando el espíritu desea contra la carne, aborrece y tiene ódio á la carne (2).» Pues ¿qué es lo que allí aborrece? Los vicios de la carne, sus astucias y malas inclinaciones, aquella esencion y contrariedad que la carne tiene contra la razon, eso es lo que aborrece (3); que á la carne antes la ama en mortificarla y contradecirla, como el médico no aborrece al enfermo, sino la enfermedad, y contra esa pelea, que al enfermo antes le ama. Y pruébalo muy bien, «porque amar á uno, dice el filósofo, es quererle y desearle bien (4),» y aborrecerle, es querer que le venga algun mal. Pues el que trata de mortificar su cuerpo é irle á la mano en sus apetitos y deseos desordenados, quiere y procura para su cuerpo el mayor y sumo bien, que es el descanso y gloria eterna; y asi, ese es el que ama verdaderamente. Y el que no trata de mortificarle, sino que le deja seguir sus malas inclinaciones y apetitos, quiere y procura para su cuerpo el mayor mal que le puede querer y procurar, que es el infierno para siempre jamás; y asi, ese es el que verdaderamente aborrece su cuerpo. De la manera que dice el Profeta: «El que ama el pecado y la maldad, aborrece su ánima (5),» porque con esto la procura y negocia el infierno para siempre: de esta manera, y por esta misma razon, dice San Agustin, podemos decir que aborrece tambien su cuerpo, pues le procura y negocia el mismo mal. Y asi dicen los

(1) Spiritus concupiscit adversus carnem. *Ad Gal. V, 17.*

(2) Absit, fratres mei, absit, ut spiritus concupiscendo contra carnem oderit carnem. *Aug. lib. serm. de verbis Apost., serm. 6.*

(3) Vitia carnis odit, prudentiam carnis odit, contentionem mortis odit. *Aug. lib. de Moribus Eccl. cap. 26; et lib. 14 de Trinit. cap. 14.*

(4) Amare est velle bonum. *Arist. lib. 2. Rether. cap. 4.*

(5) Qui diligit iniquitatem, odit animam suam. *Ps. 5, 9.*